



LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

8 DE SETIEMBRE DE 1878.—NÚM. 10.

Ecos de la semana.

Tesoros escondidos.—Empedrado de maderas.—Maderas y piedras.—Virutas preciosas.—Punto de semejanza.—Progreso.—Tablados callejeros.—Subasta.—Millones.—Idea salvadora.—Salvajismo legal.—Pedreas.—Diario de ultratumba.—Fiebre amarilla.—La muerte y la riqueza.—Procedencias limpias.

En vano he querido examinar el nuevo pavimento colocado en un trozo de la calle del León.

Arena, mucha arena. Eso es lo que se descubre a primera vista.

—Este pavimento es como el del Prado,—decía ayer una señorita *cursi* a su mamá.

—Aquí debe haber un enfermo grave,—murmuraba anoche con misterio un aprendiz.

La verdad es que para descubrir el pavimento se necesita primero hacer una verdadera obra de minería.

Al decir de varios periódicos, se trata nada menos que de un *empedrado de madera*.

Un empedrado de madera es así, como si dijéramos, un maderaje de piedra.

Las piedras, por lo visto, pueden ser ya de pino, caoba ó palosanto, y en cambio podrá haber maderas de amatista, esmeralda ó granate.

Y vean ustedes de qué modo llegarán a ser los brillantes y los topacios virtuosos preciosos.

De todos modos, preciso es reconocer que existe cierta semejanza entre los adoquines y los alcornoques.

El tal pavimento perjudica a los edificios, pone en peligro la vida de los transeúntes, é interrumpirá frecuente y largamente la circulación; pero por lo demás, bajo el punto de vista filosófico, señala un progreso en el local donde se representa la comedia humana. Si este mundo es un teatro, nada más natural que poner un *tablado* en cada calle.

Para tomar parte en la subasta de las obras de un túnel se ha presentado por varios licitadores, en concepto de fianza, una cantidad de muchos millones de reales.

Este suceso me ha sugerido una gran idea.

¿Por qué no se saea a subasta la obra importante y patriótica de la amortización de la Deuda?

En el circo de Rivas, un *jougleur* marca todas las noches con afilados puñales el contorno de una pobre criatura.

La autoridad ha tratado de impedir tan brutal ejercicio, y no ha podido. Tenemos, sin embargo, una ley protectora de los niños.

¿Qué se ha conseguido con ella? Se ha conseguido el que pueda acuchillarse impunemente a un niño con arreglo a la ley, entre los aplausos del público.

El Siglo y *La Época* no se avienen; la ríña ha tomado proporciones.

Después de esto no me choca que haya sido apedreado un tren en la estación de Pozuelo.

Cuando un matrimonio tan culto y tan ilustrado se tira los platos a la cabeza, no tiene nada de extraño que los salvajes del siglo la emprendan á pedradas con el símbolo de la época actual.

Se va á publicar un periódico titulado *El Espiritista*.

En su redacción tomarán parte séres del otro mundo.

¿Se tratará acaso de algún nuevo diario moderado histórico?

En los Estados-Unidos hace grandes estragos la fiebre amarilla. Hasta las plagas son allí del color del oro.

Y muchos centenares de hombres que se mueren de hambre también se quedan amarillos.

Porque la muerte suele tener reflejos siniestros, del mismo color que la riqueza.

Se ha confirmado la satisfactoria noticia de que no existe el cólera en Marruecos.

Las procedencias de dicho imperio se han declarado limpias.

De manera que cuando llegue á nuestros dominios uno de esos moros que no se han lavado la cara en toda

su vida, sucio y repugnante, la autoridad no tendrá más remedio que declarar *limpio*, según las disposiciones de la *Gaceta*.

Esto sí que es hacer de lo negro blanco.

JOSÉ SOTILLO.

Protección á los obreros.

Admira y sorprende ver el prodigioso número de casas y edificios de todo género que se han construido en Madrid de pocos años á esta parte. Nadie, al ver la moderna villa, sospecharía que es continuación de aquel modesto y humilde pueblo que se agrupaba tímidamente á los pies de una fortaleza, ni aún del que más tarde se consideraba ya importante cuando abría y cerraba la Puerta del Sol y el Pórtigo de San Martín.

Me asalta el temor de que Felipe II no la hubiese elegido para capital de su monarquía, si una noche hubiera visto en sueños el aspecto y animación que hoy presentan el Prado, la Castellana, Recoletos, Argüelles, la plaza de Oriente y todos los barrios modernos. Es probable que un espectáculo de semejante naturaleza le hubiera impresionado desagradablemente en aquellas circunstancias. Donde él estaba, no debía llamar la atención nada más que su autoridad.

Sin ir tan lejos, hace 30 ó 40 años nadie se imaginaba que estuviere tan próxima á aparecer esa multitud de casas, jardines, hoteles y verdaderos palacios que hoy absorben las miradas de la multitud y hacen asomar á los labios una sonrisa, cuando se comparan con los albergues que no lejos de ellos tuvieron Isabel la Católica, Cisneros, Juana la Loca, y otras figuras no menos célebres.

El lujo y la magnificencia campean por todas partes, no faltan comodidades para ciertas clases sociales, y ya no se construyen las casas á la malicia. El ánimo se ensancha al contemplar tanta grandeza, tanta actividad como supone la erección de todos esos edificios, pero se contrasta al pensar en el número de víctimas que han costado.

Apénas pasa un día sin que los periódicos liagan saber al público que algún desgraciado artesano que se hallaba trabajando sobre un andamio, ha perdido el equilibrio y dado en el suelo con su humanidad, quedando muy malparado. Al día siguiente, la noticia tiene su complemento: el infeliz ha fallecido en la casa de socorro ó en el hospital adonde fué trasladado; era casado, y además de la viuda, deja varios hijos sin amparo.

La sociedad le compadece, y aquí acaba la historia de lo que hace por él. La pobre viuda tiene que implorar la caridad pública para no morir de hambre, y los hijos, en lugar de ir á la escuela á recibir su educación, la suelen tomar en las calles recogiendo colillas, y van formando su corazón á semejanza de los que ven dedicados á ésta y otras faenas por el estilo. Después, cuando llegan á hombres, se quiere que sean buenos, que den algún provecho, que no causen molestias á esa sociedad que los abandonó á la miseria y la abyección, que no se cuidó de ponerlos donde pudieran aprender, donde tuvieran modelos dignos de imitación.

No soy de los que creen que la sociedad está obligada á remediar todas las faltas de sus individuos, porque aceptado este sistema, nadie se cuidaría del porvenir de sus hijos, y los holgazanes serían los que sacasen la mejor parte en este mundo; pero sí creo que tiene el deber ineludible de evitar en cuanto sea posible las desgracias, y proteger siempre al débil contra la tiranía del fuerte, sobre todo, si quien tiene la fuerza se llama codicia ó ignorancia.

En nombre de la humanidad se prohíben ciertos espectáculos, se exige que á los artistas de los circos se les ponga una red de seguridad, para que, si tienen la desgracia de caer de sus aparatos, no vayan á estrellarse contra el suelo ó contra los espectadores, y se toma el mayor número posible de precauciones para prevenir los accidentes desgraciados. Y al mismo tiempo que se reclama el cumplimiento de todo esto cuando se trata de hombres que trabajan durante algunos minutos para entretener á los demás, que buscan la gloria artística y reciben en pago

cantidades ó sueldos más ó menos respetables, se consiente que el pobre albañil, el carpintero, el pintor y otros muchos pasen las horas del día trabajando penosamente sobre una tabla que no tiene un pie de anchura, para ganar un mequino jornal con que atender á sus más apremiantes necesidades y las de su familia.

La posición es difícil en extremo, y mientras el gimnasta, á quien se rodea de precauciones, no tiene que ocuparse más que de su situación material, el trabajador tiene que dedicar su inteligencia y su fuerza al trabajo que ejecuta, dejando para lugar muy secundario la manera de sostenerse en el andamio.

No es, pues, de extrañar que todos los días sucedan desgracias en las obras, ántes bien, hay que agradecer á la Providencia que no sean más numerosas, ya que tan poco hacen los hombres para evitarlas. La sociedad, que por otras cosas de menos importancia se preocupa fuertemente y no tiene escrúpulo en invadir el terreno del individuo, contrae una gran responsabilidad moral consintiendo que un día y otro sucedan tales percances, teniendo en su mano la manera fácil y sencilla de evitarlos casi en absoluto.

No se comprende cómo las autoridades, que tienen á su lado personas peritas de quienes aconsejarse cuando lo necesitan, vienen consintiendo el sistema de andamios que se usa para la construcción y reparación de los edificios. En otras poblaciones de nuestra misma España previenen las ordenanzas municipales que, bajo la más estrecha responsabilidad de los arquitectos ó maestros que dirijan las obras, no se consienta la permanencia de trabajadores en andamios que no tengan por lo menos un metro de anchura, y estén provistos en su parte exterior de una barandilla bastante sólida para que pueda resistir el apoyo de una persona.

Este sistema evita gran número de accidentes, y su planteamiento es fácil, pues todo está reducido á emplear unos cuantos tablones más de los que hoy se emplean, gasto insignificante, y que, aunque no lo fuera, siempre se debería hacer por conservar algunas vidas al cabo del año.

En lugar de esas tablas mezquinas y endeble que se colocan en las fachadas de las casas para que sostengan á los pintores y revocadores, debe exigirse á los contratistas que pongan andamios anchos, donde pueda estar el trabajador con holgura, tener á mano todos sus utensilios y servirse de ellos sin la exposición con que ahora lo verifica; estos andamios, de la anchura de tres ó cuatro tablones, por lo menos, deben estar colgados de la parte superior del edificio, y poder recorrer toda la fachada por medio de un sistema de poleas sumamente sencillo.

Es ya tiempo de que se miren ciertas cosas con más seriedad de lo que se viene haciendo. Se ha hecho una ley protectora de los niños, y no se repara en los mayores que á todas horas exponen su vida inútilmente, ni aún en que esa misma ley no prohíbe que se dediquen niños á ciertos oficios en los que tienen necesidad de andar por sitios donde hay más exposición que en la arena de un circo.

No es creíble que las ordenanzas de policía urbana tengan este asunto en tan lamentable abandono; si es así, que se reformen inmediatamente, y si está consignado lo que debe hacerse y no se cumple, que se exija la responsabilidad á los que faltan, y cesarán de una vez esos anuncios que tan triste idea dan de nuestra sociedad.

BRUNO AMELAY.

Los irresolutos.

No todos los hombres tienen el ánimo suficiente para llegar al punto que se proponen. Hay muchos que empiezan con suma decisión la jornada, y se sientan á descansar á los pocos pasos al borde del camino. Unos se levantan después de reposar y siguen; otros se quedan allí para desalentar á los que vienen con propósitos de llegar hasta el fin. De este modo arrastran con su ejemplo á muchos otros, obligándoles á no avanzar ó quizá á retroceder.

Hay individuos juiciosos y reflexivos hasta lo inconcebible, que pesan y miden el acto más insignificante, y que después

de mucho meditar concluyen por no hacer nada.

Estos séres, exclusivamente pasivos, los cuales esperarían, al regresar de una expedición cualquiera, que pasase su casa para meterse en ella, por evitar los peligros del viaje, componen, sin embargo, una falange poco numerosa. Los indecisos é irresolutos están en completa minoría respecto á los temerarios y á los audaces. Fácil es comprender que el papel que siempre desempeñan es el de víctimas.

Los espíritus débiles, no haciendo nada, originan frecuentes conflictos. No hay cosa más practicable, cuando el peligro amenaza, que formar un batallón de miedosos. En este axioma ha fundado la disciplina militar muchos de sus sumarios procedimientos. El soldado que huye del peligro que tiene delante, es muerto por sus compañeros. Si esto no se hiciese, según dicen los ordenancistas, detrás del que huye podría volver la espalda toda la fila, y creciendo el pánico, lo que empezó por un hecho individual podría convertirse en ignominiosa retirada.

El hombre excesivamente tímido, es siempre desconfiado hasta el extremo. En todo ve inconvenientes y dificultades insuperables; un montón de arena se le figura una cordillera, y ve agitarse en el más pequeño arroyuelo poderosas y temibles ondas. No parece sino que todo lo malo lo ve con microscopio. Lógico es que después de tan detenido análisis vacile y desconfíe, y no se atreva á inclinarse á un lado ni á otro.

A esta clase de sujetos hay que presentarles todas las cuestiones dilucidadas ya y debatidas, sin permitir que examinen nunca sus precedentes ni sus trámites. Si por una imprevision lamentable se les presentan los puntos del debate razonados con comentarios, se ha perdido el tiempo inútilmente. El irresoluto hará disección de palabras, frases y conceptos; á su escabello no se ocultará el detalle menos propenso á suscitar dudas, y después de estudiar, relacionar para disgregar más tarde, y hacer un juicioso resumen del asunto, el que espere el fallo definitivo puede sentarse á descansar y morir tranquilo, y seguro de haber dejado en este mundo un asunto pendiente de resolución.

Generalmente los que tienen un carácter dado á suscitarse dificultades en todo, no huyen jamás las ocasiones de dudar, como si les agradase el hacerlo. Si son aficionados á la prensa periódica, se suscriben á un diario de cada partido; si tienen el título de abogados, se pasan el día leyendo los comentarios de Covarrubias, Sancho Llamas y Gregorio Lopez; si se dedican á la ciencia de curar, dudan entre la *alo*, la *hidro* y la *homeopatía*; y en tanto que el enfermo espera en la cama la receta ó la licencia para ser enterrado, el irresoluto doctor examina librotés y más librotés en su gabinete, para decidir al final que lo más prudente es dejar obrar á la naturaleza.

Ninguno de estos séres tiene opinion propia. Presentes á cualquier discusión, se ponen siempre enfrente del que afirma rotundamente, y al lado del que vacila y duda. Abundan en el género que describimos los hombres de talento, estéril é infecundo, pero casi siempre claro y lúcido, que es anulado por un espíritu débil y tímido, señor absoluto que destruye á fuerza de análisis el más sencillo concepto. Pocos de los comprendidos en la primera bienaventuranza quedan sobre la tierra, esperando subir al paraíso; casi todos los ejemplares que se conocían se han convertido en audaces, yendo á otro lamentable extremo, ó han sido víctimas propiciatorias de las incansables luchas humanas. En casi todos los sitios cae alguna bomba en los hospitales, terreno neutral y alejado del combate; casi todos los días es también sacrificado algún tímido á la ambición de un despreocupado.

Ya conocía el rey Sabio la existencia de estos séres débiles y pusilánimes, cuando estableció «que la fuerza y el miedo, que anulasen la expresión del consentimiento en el matrimonio», fuesen tales que hicieran impresión en *ánimo de varón fuerte*.

En sociedad constituyen los hombres tímidos algunas variedades notabilísimas. El marido *cominero* que va á la plazuela á hacer la compra, el que espuma el puchero, el que es mandado, regido y goberna-

do por su esposa, el que es conocido por los criados con el título *el marido de la señora*, el que se hace miliciano por miedo, ó va por la calle en tiempo de revolución abrazando á los que encuentra más desaharrados, ó lleva hongo cuando va á locales determinados; el que abdica, en fin, de su dignidad en aras del miedo ó de la duda, todos son pobres de espíritu, que como tales alcanzarán en este mundo, si no eterna memoria, que se les recuerde por sus conocidos con las siguientes palabras: ¡Pobre Fulano! ¡Era un béndito!

Es verdaderamente laudable que desahallezcan hoy algunos hombres, cuando nadie desconfía de sus fuerzas, y todos creen ser enciclopedias, y aspiran á todo, por todos los medios.

FERMIN M. SUAREZ SACRISTAN.

Revista de espectáculos.

El protector de los músicos.—Música española.—El circo de Price.—Los velocipedistas.—Pollos y gallos.—El Sr. Parish.—La Alhambra.—Don Pasquale.—Dejarse dirigir.—Unidad y armonía.—Coristas de carne y hueso.—La serenata.—Propósitos del Sr. Arderius.—El hijo de la bruja.—Esperanzas defraudadas.—La hija de la fortuna.—Injusticia... de momento.—La tempestad é vicinia.—Un empresario que habla y un público que no escucha.—¿Quiénes serán los autores?—El pintor y el sastre.—Gastos inútiles.—Cuadros disolventes.

Los conciertos en los Jardines del Buen Retiro continúan animadísimos, gracias al rubicundo Apolo, quien, sin duda, para proteger á los del *oficio*, lanza durante el día sus más ardorosos rayos, haciéndonos ansiar que llegue la noche y nos refresque algún tanto; y como no hay seguramente en Madrid sitio más agradable y apropiado á ese fin que el Buen Retiro, de ahí que, en noches de concierto, en que á la amenidad del sitio se reúne lo selecto de la música, esté concurridísimo.

El concierto de música española que tuvo lugar en la noche del miércoles, fué bellísimo, y dignas todas las piezas que en él se ejecutaron de competir con las de los más reputados autores extranjeros.

Todas las obras del programa fueron aplaudidísimas, mereciendo los honores de la repetición la *Segunda gran marcha de concierto*, de Marqués, obra bellísima que valió á su inspirador y modesto autor una verdadera ovación; la *Gran sinfonía* sobre motivos de zarzuela, de Barbieri, y el preciosísimo y clásico *Scherzo fantástico* de Monasterio.

Respecto á la ejecución de todas las obras, con decir que fueron interpretadas por la orquesta que dirige el Sr. Vazquez, tomando también parte en alguna de ellas la banda del primer regimiento de ingenieros, está hecho el mayor encomio posible.

En el circo de Price continúan haciendo las delicias del público el célebre clown Tony Grice con su variadísimo repertorio, los *jougleurs* anglo-chinos con sus caprichosos y difíciles juegos, la familia Chesí, cada día más aplaudida del público, y por sí algo faltaba para dar variedad al espectáculo, aparecieron hace algunos días los velocipedistas, sorprendiendo con sus notables ejercicios, los hombres, y aún más que con los ejercicios, y eso que son buenos, con su hermosura, las cuatro simpáticas y lindas jóvenes, tras de las cuales, apesar de la velocidad del vehículo que tan hábilmente manejan, se van los ojos de todos los *pollos*... y aún de muchos *gallos*.

No puede negarse que el Sr. Parish entiende el negocio, y procura corresponder al favor que el público madrileño dispensa á su circo.

El lindo teatro de la Alhambra continúa siendo uno de los sitios predilectos del público cortesano.

Don Pasquale, esa preciosa opereta del inspirado autor de *Lucia*, fué acertadísima interpretada el miércoles en aquel coliseo.

La compañía que con tanto acierto dirige el Sr. Lupi, está demostrando prácticamente una cosa que por nuestra parte há tiempo que sabemos; esto es, que cuando una compañía lírica ó dramática está compuesta de cantantes ó actores modestos y estudiosos, que se *dejan dirigir*, forman un conjunto perfectamente armónico, y por tanto con excelentes condiciones para interpretar dignamente cualquier obra escénica.

Dígalo si no el éxito alcanzado por la compañía Lupi en Don Pasquale.

El público aplaudió desde la primera escena hasta la última, porque todo era ciertamente digno de aplauso.

Las obras que pone en escena esta compañía están siempre perfectamente ensayadas, y si bien no hay en ella grandes notabilidades artísticas, hay otra cosa que vale más, que es unidad y armonía. Desde el primero al último de los actores, todos, mientras permanecen en escena, están en situación, y hasta los coristas—cosa que en España no suele acontecer—se mueven y accionan, no como marionetas de madera movidos á compas y como por resorte, sino como hombres y mujeres de carne y hueso.

Lo único que no agradó al público en la interpretación de Don Pasquale fué la bellísima serenata del acto tercero, cuya melodía cantó el Sr. Joannini en un modo completamente distinto á como en el teatro Real se ha cantado siempre.

Ignoramos la causa de esta variación.

Se ha dicho estos días que el Sr. Arderius está decidido á abandonar el género de espectáculo á que venía dedicándose, con no poca fortuna ni escaso provecho, desde algunos años á esta fecha, para volver á ocuparse de la zarzuela seria; y si alguna duda le quedaba para adoptar tan laudable resolución, creemos que se habrá desvanecido por completo, en vista del resultado que obtuvo la obra estrenada anoche.

Indudablemente, si hemos de juzgar por los enormes gastos que debe haber ocasionado á la empresa el magnífico vestuario y soberbias decoraciones con que ha sido exornada la obra á que nos referimos, como asimismo el numerosísimo personal que en ella toma parte, es indudable que el señor Arderius debía tener mucha confianza en alcanzar un gran éxito, y sin embargo, El hijo de la bruja ha obtenido el mismo triste resultado que todas las obras estrenadas este verano en el circo del Príncipe Alfonso.

Sea que el género está gastado, sea que los autores no acertan á dar novedad á esa clase de espectáculo, que pudiéramos llamar bufos-arderies, es lo cierto que la empresa de los Bufos-Arderius, que por espacio de diez ó doce años ha venido siendo la hija mimada de la fortuna, hoy cuenta los estrenos por fracasos.

En el día de anoche empezó á iniciarse la marejada desde el primer momento, y por cierto,—á fuer de imparciales habremos de decirlo,—fué á descargar el primer golpe en el momento menos oportuno, en el coro del rataplán, que es una de las poquísimas piezas de música que en El hijo de la bruja merecen oírse; pero cuando el nublado comenzó á presentarse verdaderamente amenazador, fué al principio del acto segundo; y el Sr. Arderius, no sabemos si aconsejado por sus enemigos, queriendo sin duda conjurar la tormenta que con gran ímpetu le venía encima, salió de entre bastidores, donde se hallaba, y avanzando hasta el proscenio, dijo dirigiéndose al público estas ó parecidas palabras: Señores, en la obra que estamos representando he hecho todo lo posible por... No pudimos oír más, porque el público, con sus innumerables voces, protestó enérgicamente, y ahogó la del empresario.

Calmóse por fin el tumulto, y siguió la representación lánguidamente hasta el final de la obra, sin que el público mostrase el más leve deseo de conocer el nombre de los autores.

Los honores del espectáculo correspondieron al pintor escenógrafo, á quien el público hizo salir á escena cada vez que se cambiaba de decoración, y al sastre, quien también salió una vez.

No puede negarse al Sr. Arderius que en esta obra, como en todas las estrenadas en su teatro, ha puesto cuanto estaba de su parte para complacer al público, y es verdaderamente sensible que después de emplear algunos miles de duros en vistosísimos y ricos trajes y en magníficas decoraciones, el éxito de la obra no correspondió á los enormes gastos por ella ocasionados; pero esto acabará de persuadir al activo y laborioso empresario, si acaso no lo está del todo, de que los grandes éxitos teatrales no los obtienen nunca por sí solos el pintor y el sastre; hace falta, ante todo, el poeta, porque si el libro es malo, todos los esfuerzos de los actores, todos los despilfarros de la empresa, serán impotentes para evitar el fracaso de la obra.

Por nuestra parte, sentimos vivamente que El hijo de la bruja haya también defraudado las esperanzas de la empresa; pero á nuestro juicio, no podía suceder otra cosa dado lo incoherente de los cuadros y

de las situaciones de la obra, y lo insípido del diálogo, en el cual ni hay un solo chiste, ni una oportunidad, ni nada, en fin, más que palabras, palabras y todo palabras, como diría Hamlet.

Apesar de esto, los aficionados á ver cuadros disolventes deben ir á ver El hijo de la bruja, puesto que esa obra es ni más ni menos que una sucesión no interrumpida de preciosas decoraciones é innumerables personajes, caprichosa y ricamente vestidos, y muchas, muchísimas bailarinas lujosamente desnudas.

WERTER.

Los riegos en España.

No há mucho anunciaron los diarios la constitución de una sociedad, cuyo fin es acometer toda empresa de riegos en España y fomentar en la medida de sus fuerzas el progreso de la agricultura.

Los nombres de las personas asociadas son una garantía formal de la seriedad de sus propósitos; se las ha visto al frente de empresas afortunadas, y se las ve encumbradas en lo más alto de la escala social y política.

Otra sociedad se ha fundado también con el fin generoso de estimular la agricultura, y trabaja para establecer sus bases bajo el patronato de una dama poderosa y de la más vieja aristocracia.

Antes el señor ministro del ramo quiso empujar por ese derrotero buena parte de la actividad nacional, y á ese propósito creó conferencias, revistas, etc., etc. Y siguiendo la prensa ese general movimiento, vemos con gusto aparecer entre nosotros publicaciones técnicas ó recreativas que toman por base el campo, su cultivo y sus placeres.

Todo anuncia, pues, que vamos á presenciar un movimiento común hácia los actos de la paz, ya que tanto tiempo hemos asistido á los horrores de la guerra civil.

Y como consecuencia natural de nuestro carácter, del impulso saludable, pasaremos á la exageración dañosa. Será de mal gusto no calzar algunos puntos en materias agrícolas, será de moda cuanto á la agricultura se refiere, y corolario de todo esto será la monomanía del riego; del mismo modo que no se hablaba en otros tiempos más que de obras públicas.

Mucho bueno se hizo durante aquel quinquenio en que el general O'Donnell tuvo el buen acuerdo de realizar el pensamiento iniciado por las Cortes del 54; pero ¿por qué no recordar también los innumerables proyectos que la astucia y la mala fe hicieron emprender al pequeño capital, impulsado por la moda, y los cuales yacen hoy inútiles, apollados, en el ministerio de Fomento, después de haber hecho girar, como cosa formal, todas las ruedas de la administración? Numerosas concesiones pasaron entonces por el tamiz, acaso demasiado tupido, de la intervención oficial; algunas fueron puestas en obra,—encerraban seguramente pensamiento y capital,—pero las más quedaron en proyecto, sin provecho para el país, con detrimento de particulares, y con utilidad tan sólo de los que hicieron de los estudios su negocio.

La prensa, que registra diariamente todos los sentimientos que agitan á los pueblos, y que es, hasta cierto punto, la encargada de velar por sus intereses, tiene ya el deber de preocuparse de estos asuntos, y á ella acudimos ganosos de que nuestras palabras sirvan de estímulo á plumas más autorizadas y poderosas. Hé aquí, pues, el objeto concreto de estos renglones.

Tal ó cual comarca, hoy erial devastado por la sequía, ceñida por caudaloso río, se tornaría en rico vergel con aplicar en sus orillas los recursos del arte; tal planicie, calcinada por los soles caniculares, ó barrida por los soplos australes, sería jardín encantador si la sonda hiciera surgir al aire las aguas que, ocultas, discurren por sus entrañas; tal arroyuelo, torrente devastador en invierno, mal contenido en su cauce peñascoso, y en verano, surco seco y arenoso, tornaría en vega aquellos campos, si el pantano retuviera en tiempo y sazón sus aguas... Todo esto y mucho más se dice, se comenta, toma cuerpo, crece la bola de nieve y aplasta, por último, al capitalito medroso que tras el cebo de fabulosa ganancia entró en un negocio de mucho aparato y poco fondo.

Es cierto que el arte tiene medios para rebajar montañas, colmar hondonadas; cierto, ciertísimo que ingenieros y alarifes, dueños hoy de mucha ciencia, pueden presentar seriamente proyectos colosales; pero hay en todo negocio un elemento, sin el cual nada se hace, el dinero, y el dinero quiere retribución. Ahí está, entre otras,

la empresa del canal de Urgel, una de las más probas é inteligentes de España, apesar de lo cual ha visto su primer presupuesto de 32 millones de reales crecer hasta cerca de 58 después, y llegar, por último, á más de 112 millones hasta ver concluidas sus obras, y sus rendimientos no llegan á cubrir la octava parte de los intereses de su deuda. «Y es, dice el distinguido ingeniero jefe de montes D. Andres Llauredó, que los negocios de riegos, cuando alcanzan la magnitud del de Urgel, se hacen por demas complejos y difíciles de dominar, y quedan fuera de la órbita de la especulación privada, puesto que no dependen sólo de la actividad é inteligencia de la empresa que conduce las aguas, sino que constituye la parte más esencial de aquéllas la propiedad regante.»

Citamos este canal porque su magnitud nos lleva por la mano á señalar otro rasgo, característico íbamos á decir, de nuestra raza. Los españoles, pródigos como quien ha sido dueño del Potosí, desdeñamos lo pequeño, lo modesto: solamente lo grande y aparatoso nos atrae. ¿Quién desciende á pensar en un canalillo que con unas cuantas piedras formando una presa, con canales de madera salvando cortaduras y hasta ramblas, llevará la fertilidad á un centenar de hectáreas? Nosotros necesitamos contar por decenas de mil las hectáreas, por millones de duros los gastos y los ingresos; sería asaz modesto el real de vellón; poner en las obras ó sillera labrada ó ladrillo muy bien prensado; mantener un personal tan numeroso y distinguido como caro, y en nuestros vuelos fantásticos llegar á soñar con la amortización de un gran capital en una decena de años. Si apesar de estas perspectivas, hábilmente desarrolladas ante el cauteloso capital, éste por no perder sus mañas sigue prestando á la usura y no secunda con su dinero los proyectos del proyectista, éste no se desanima,—y eso es signo característico,—acude á la asociación, y por ende, si el negocio es malo, en vez de arruinarse á medias un poderoso capitalista, se arruinan por entero centenares ó millares de inocentes ó codiciosos.

No es lícito deplorar á grandes voces que algunos de nuestros ríos arrastren estérilmente sus aguas, entrando con grandes sobrantes en el mar; que lleven sus caudales por medio de comarcas y yerros que mueren como Tántalo de sed, pasando el agua por sus labios. Hay que estudiar seriamente las cosas si han de tener algún peso las opiniones sobre ellas formadas. Porque una comarca entera venga pidiendo con justicia desde Carlos V el riego de sus campos, ¿hemos de olvidar ya nuestras norias, y ántes de estudiarlas detenidamente, proponer máquinas complicadas, no avicinadas en el país todavía?

¿No es cuando ménos un tanto ridículo que, mientras ensalzamos los norias de Warren, inglés, miremos con desden las de Pfeiffer, catalán?

Ademas, hay muchos terrenos que ofrecen pendientes tan pequeñas, que sería obra de romanos desarrollar allí un canal de alguna importancia en buenas condiciones económicas.

No es lícito apoderarse de una insinuación de probabilidades manifestada por un hombre de ciencia, para proponer, en las desnudas mesetas centrales, un sistema de pozos artesianos que las trocieran, como por encanto, en frondosísimos verjeles.

Ni es lícito pensar que siempre sería útil cambiar lo antiguo por lo moderno, ni dejarse llevar demasiado de ejemplos extraños, cuando se desconoce la propia idiosincrasia. ¿Quién podrá persuadir al campesino de Daimiel á que renuncie á su noria, tosca sí, pero que le da muy barata el agua? Después de todo, creemos que estaría en lo cierto; si el cambio no le abarata el riego, ¿qué le importa á él que el nuevo aparato sea una maravilla de fundición adornada con el trade mark, si le sale más barata la sencilla armazón de palos labrados á azuela?

No es lícito, en fin, pensar que cualquier arroyo puede ser barreado, que de su corriente invernal haremos provision de muchas aguas para el verano, que en el trayecto dispondremos numerosos saltos, que en el remanso haremos vivero de peces, que una granja-modelo difundiría en el país útiles costumbres agronómicas; son lugares comunes de ese género de oratoria.

Si para lograr la realización de esas nobles esperanzas preciso es gastar sendos millones, y cada cuartillo de agua le cuesta al capital un duro, razón tendrá el proyectista para asegurar factible el pantano, y para maldecir de presas, saltos, canales, granjas-modelos y viveros de peces, cuando

se hayan arruinado buscando un buen acomodo á su pequeño capital. Porque, ya lo hemos dicho nos dirigimos al capital pequeño, al muy pequeño; el grande tiene muchos medios de ponerse en salvo; entre otros, pagar los servicios de los hombres de ciencia.

Si la administración fuese ménos dada á lo grandioso y á lo artístico, como con razón crítica Paceto; si para resolver los problemas agrícolas se mostrase aficionada á trámites sencillos, proyectos fáciles, medios económicos y disposiciones no censurables por rústicas, entonces los capitales pequeños se entenderían fácilmente para realizar, sin salir de la localidad, empresas de poco alcance, sin estrépito, sin ilusiones de hacer prodigios y con pleno conocimiento de causa.

Estas sociedades de interes local, estas agrupaciones, llamémoslas vecinales, podrían, creando pequeñas coligaciones locales de pequeños propietarios, realizar dentro de un sistema armónico y bien ordenado obras tan beneficiosas como cualquier otro acometimiento de grandes proporciones, y acaso con más inmediata utilidad.

Aún podíamos decir mucho más; pero tememos molestar á nuestros lectores; así es que concluimos aconsejando la mayor frialdad de juicio y el menor entusiasmo posibles al pequeño capital, para el día, no lejano, á juicio nuestro, en que el desarrollo de las sociedades en embrión haga del riego de los campos el tema de todas las conversaciones y el fin de todos los proyectos.

JORGE PEREZ TEXERO.

Los diamantes de la corona.

Los famosos diamantes de la corona de Francia han salido de su escondite para ponerse de manifiesto ante el numeroso público que acude á la Exposición.

El interes de la multitud por contemplar estas preciosas reliquias de los regimenes pasados, es increíble. Desde que la Exposición se abre hasta que se cierra, aquello es una verdadera procesion, una fila interminable de curiosos que á duras penas moderan su impaciencia ante las intimaciones de los agentes de orden público.

Es inútil decir que se han tomado toda clase de precauciones para poner el tesoro al abrigo de un golpe de mano; los cristales que le separan del público son de una resistencia á toda prueba, y el público no puede detenerse ante el escaparate sagrado más que el tiempo preciso para dirigirle una mirada, que basta para fascinar á los espectadores, y principalmente á las espectadoras.

El escaparate que encierra estas riquezas incomparables es de forma octógona. Cada una de las ocho divisiones que le componen está tapizada de terciopelo granate, que hace resaltar á las mil maravillas la belleza de las joyas. Cuando llega la noche, por medio de un mecanismo ingenioso, el escaparate desaparece en un agujero mágico, y el suelo se cierra sobre aquellos tesoros portentosos. Es inútil asegurar que la caja de seguridad que sirve de morada á estas riquezas nacionales está en lugar seguro, y desafia los ataques de todo el ejército de rateros y de ladrones de caminos que la Exposición ha llamado á Paris. Se comprende este lujo de precauciones, si se recuerdan los peligros á que han estado expuestos durante un siglo estos desgraciados diamantes, y la sustitución célebre de los hermosos zafiros, que no han podido encontrarse.

La mayor parte de las joyas que el público contempla están montadas por MM. Bapst y Lemonnier, y son recomendables por la excesiva sencillez de su dibujo. Los artistas han comprendido que cuando las piedras son tan hermosas, el trabajo del artista debe ser imperceptible, para que ostenten toda su hermosura; y han estado en esto muy acertados.

El héroe de la coleccion es el Regente. No reproduciremos aquí su historia; todo el mundo sabe cómo se escapó un empleado de las minas del Gran Mogol, ocultando esta magnífica piedra en el lugar más recóndito de su persona, y cómo el célebre Law compró la bagatela por 2.000.000 de francos en nombre del regente. Esta piedra maravillosa es del tamaño de una ciruela; su forma es casi redonda, su espesor corresponde á su volumen, y está exento de toda mancha. Su gran pureza, el trabajo perfecto de su talla, su transparencia y la vivacidad de sus luces, hacen de este brillante célebre una obra maestra de la materia fósil. Pesa más de 36 quilates.

Hay en el escaparate 18.000.000 de francos en pedrerías. Basta para formarse una idea de estos tesoros recordar que Luis XIV, los días de gran recepción, ostentaba sobre su persona 12.000.000 en pedrerías, y que la corona imperial que figuraba en la Exposición de 1855, tenía 5.206 brillantes, en medio de los cuales resplandecía el Regente, estimado en 14.702.788 francos 85 céntimos.

Entre los diamantes expuestos, hay algunos brillantes de color de gran mérito. Nuestras lectoras saben que hay diamantes blancos teñidos de amarillo, de verde, de encarnado y de azul; diamantes que parecen topacios, diamantes oscuros, negruzcos y completamente negros. Cuando la coloración es franca y no disminuye la transparencia, añade valor á la piedra. Uno

de los más célebres diamantes es el diamante azul de Hope, que pesa 44 quilates, y que, segun dicen los inteligentes, es un trozo del famoso diamante azul de la corona de Francia, robado en 1792. El tesoro de Dresde tiene un brillante verde esmeralda que pesa 31 quilates.

El príncipe de Riccio poseía en 1830 un hermoso diamante rosa de 15 quilates, y M. Bapst ha poseído un diamante conocido con el nombre de Diamante enano, que parecía teñido con jugo de tabaco. El Gran Mogol tiene un matiz rosa muy suave. Todas estas piedras que acabamos de citar son únicas en el mundo y tienen un valor fabuloso.

Después de saludar en su escaparate á los diamantes de la corona, debe visitarse la coleccion de los facsimiles de los principales diamantes del globo, que pertenecen todos á las cabezas coronadas. Entre ellos el Regente ocupa el primer lugar, no por su peso ni por sus dimensiones. El diamante más grande que se conoce pertenece al rajah de Mutan (Borneo), que pesa 300 quilates. Después de él está el Gran Mogol, que pesa 279 quilates.

La corona imperial de Rusia posee la Luna de la Montaña, que pesa 193 quilates, y es del tamaño de un huevo de paloma. El diamante del emperador de Austria pesa más de 139 quilates, y está valuado en 2.500.000 francos; perteneció á Carlos el Temerario. En fin, en la tiara del Papa se puede admirar un diamante casi tan grande como una nuez, que perteneció también á Carlos el Temerario. El diamante de la corona de Portugal pesa sólo 120 quilates. El gran duque de Toscana, que es el que se parece más al Regente, pesa 139 quilates. La corona de Siam está rematada por un diamante del tamaño de una nuez, y el bajá de Egipto pesa 49 quilates, peso extraordinario, si se atiende á que entre 10.000 diamantes uno solo pesa 20 quilates.

Los diamantes de la corona desaparecen con mucha facilidad.

El inventario de 1791 puso de manifiesto que el precio total de los diamantes que poseía la corona se elevaba á 29.888.065 libras, y actualmente solo representa un valor de 15.000.000, sin que se haya podido averiguar cómo ni cuándo se han practicado los escamoteos de que el tesoro de la corona ha sido víctima.

Estado sanitario.

Durante la semana que acaba de transcurrir, se han presentado con más frecuencia que otras, y casi exclusivamente, las enfermedades de índole inflamatoria, atacando casi todos los órganos del cuerpo humano.

La proximidad de las lluvias ha de hacer cambiar las condiciones atmosféricas, y quiera Dios que sea pronto, para ver si el frio nos libra de los huéspedes que, procedentes de países cálidos, andan rondando nuestras fronteras con ánimo de visitarnos en cuanto vean una puerta poco vigilada.

El Siglo Médico dice con este motivo que en España estamos jugando con fuego hace algunos meses, y no le falta razón para hablar así.

El mismo periódico manifiesta que no se ve claro en cuanto se ha dicho acerca de la epidemia que existe en Marruecos, y aconseja que, mientras se hace la luz, se aplique con rigor el sistema preventivo á todas las procedencias de aquel país.

En América continúa haciendo estragos, cada vez mayores, la fiebre amarilla.

Variedades.

Una de las preocupaciones más generalizadas es la que se refiere á la tarántula. Se supone á este animal peor que la víbora y que el alacran; la superstición popular le presenta con ocho ojos azules, ocho patas, armadas de lancetas, y ocho dientes huecos por donde arroja el veneno. Inmediatamente que una persona es picada por la tarántula, la cogen por los brazos y la hacen bailar sin descanso al son de la guitarra hasta que arroje el veneno. La toaca de la guitarra se llama «Jota de Tarento ó tarantela»; y en las coplas que cantan al mismo tiempo invocan á San Humberto y San Jorge, merced á cuya intervencion creen que sanará el paciente.

La verdad de todo ello es que la tarántula no tiene las aterradoras cualidades que los buenos labriegos le conceden. Su picadura, cuando más, producirá en el hombre algunos ligeros calambres ó manchas erisipelosas.

Su forma es la de una araña gruesa, tiene ocho ojos cubiertos por una córnea húmeda y tierna, son de color azul do rado y brillan como los del gato en la oscuridad. Donde abunda más este insecto es en las provincias meridionales de España y Portugal, y en Italia, principalmente en Trento, de cuya población ha tomado su nombre.

Ocurrencia de un niño: —Papá,—decía ayer una pequeña de cinco años al autor de sus días,—ahí está un hombre que daría cualquier cosa por verte.

—¿Quién es?—preguntó el padre con curiosidad.

—El ciego que afina el piano,—contestó la niña echándose á reír.

Ayer cogimos al vuelo en la calle esta frase de una madre á su hija de ocho á diez años de edad: —No olvides que una niña buena no debe mentir sin necesidad.

¿Qué tal la recomendación?